

Volumen XI

Agosto 1.º de 1915

Número 107

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
Imprenta Eléctrica. 168, calle 10
MCMXV

Contenido

Sobre educación moderna.....	R. M. CARRASQUILLA
La última manifestación de las letras colombianas.....	P. M. VELEZ
Hacia Dios.....	RICARDO LEON
Estudios jurídicos.....	JOSÉ GNECCO LABORDE
Vida y muerte.....	NICOLÁS BAYONA POSADA
Dos nuevos doctores.	
A la Capilla del Rosario.....	BERNABÉ RIVEROS
Un traductor colombiano de Horacio.	
Una imitación de Fernán Caballero...	J. M. RESTREPO MILLAN
La ciudad sitiada.....	RUPERTO S. GOMEZ
Orad.....	JOSÉ LOPEZ PORTILLO Y ROJAS
San José de Calasanz.....	RUFINO BLANCO
Historias y cuentos por R. M. C.	
Himno a la virtud.....	FRANCISCO M. RENJIFO
El orgullo.....	JAIME BARMES

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, agosto 1.º de 1915

SOBRE EDUCACIÓN MODERNA

Bogotá, 25 de junio de 1915

Señor don Teófilo Fernández

El Carmen

Muy estimado señor mío:

Mucho me ha honrado usted al pedirme, en su fina carta de 10 de los corrientes, algunos conceptos generales relativos a la pedagogía moderna. Mis limitados conocimientos sobre la materia provienen de lo que aprendí con las lecciones y ejemplos de mis preceptores, de lecturas no muy copiosas y de lo adquirido en muchos años de experiencia propia. Mas, como usted, según advierto, tuvo maestros no inferiores a los míos, y me aventaja en el número y calidad de los libros que ha estudiado, y también se ha sentado en la cátedra escolar por largo tiempo, resulta que no podré decirle cosa alguna que no sepa mejor que yo. Con todo, prefiero fastidiarle, a incurrir en la nota de incivil.

Esta carta no llegará a manos de usted a vuelta de correo, sino mucho después, porque necesito tiempo para ordenar las ideas, y no es sobrado el que me dejan libre las tareas del Colegio.

Dos peligros contrarios

Creo que el institutor contemporáneo puede encajar en uno de dos escollos.

Consiste el primero en hacer caso omiso de cuanto el género humano supo y practicó en todas las edades



pretéritas, como si el arte de enseñar se hubiera descubierto en las últimas centurias. Eso equivale al propósito de levantar una cúpula sin cimientos ni paredes. Lo que hoy tenemos es desarrollo natural de lo que ha venido cumpliendo el género humano desde su aparición en la tierra. No pueden despreciarse los sistemas educadores griegos y romanos, que dieron por resultado aquellos hombres y aquellos monumentos que aún nos asombran por su grandeza; ni la pedagogía cristiana que transformó el mundo, civilizándolo moralmente; ni las universidades de la edad media, no igualadas, en ciertos aspectos, por los institutos politécnicos actuales.

El otro escollo se encuentra en el desprecio de los adelantos novísimos, frutos de la razón y la experiencia, nacidos en parte de los recientes descubrimientos en punto a ciencias físicas y naturales. El maestro cristiano que descuida los progresos legítimos de nuestros días priva a su enseñanza de medios eficacísimos, y cede a los pedagogos racionalistas una inmensa ventaja.

Aquí cabe la máxima tomista de que la virtud moral está en el justo medio entre contrarios vicios, de los cuales el uno peca por defecto, y por exceso el otro. Juzgo aplicable a la didáctica la regla de Santo Tomás para la filosofía: "Debemos estudiar a los autores que nos precedieron, para seguirlos en sus aciertos y evitarlos en sus yerros."

Así proceden los buenos educadores católicos: los jesuítas, por ejemplo, quienes conservando intacta la *Ratio studiorum* de su santo Fundador, abren de par en par sus colegios a los ejercicios atléticos, a los adelantos de las ciencias físicas, al cultivo de las lenguas y literaturas modernas; los hermanos cristianos, inventores del método cíclico-concéntrico, que tan excelentes resultados produce en la instrucción primaria. El Colegio del Rosario tiene como lema de sus publicaciones el mismo de la Universidad católica de Lovaina: *nova*

et vetera; y si algo deja que desear, eso no se debe a sus constituciones y a su espíritu sino a la cortedad de facultades del actual rector.

Un vocablo equívoco

La frase *pedagogía moderna* es equívoca. Con ella se indica el conjunto de métodos, prácticas, enseñanzas, fundados en razón y descubiertos y usados de un siglo a esta parte. Y con la misma locución se significan sistemas, procedimientos, doctrinas que brotan de los errores religiosos y filosóficos de la época presente. Barajando y confundiendo los dos sentidos de la palabra *moderno*, se nos quiere hacer tomar el veneno o renunciar al pan. Para evitar confusiones, diré, en esta carta, *pedagogía moderna* para hablar de lo útil y deseable, y *pedagogía modernista*, al tratar de lo dañino y repugnante. Esta nomenclatura, que acabo de inventar sólo para los efectos de esta carta, es muy objetable, porque semeja como si los errores y vicios que rechazo fueran todos hijos del sistema llamado *modernismo*, condenado por el papa Pío X, cuando muchos de ellos son anteriores a la novísima secta. Pero quizá la palabra no esté tan mal empleada, si se recuerda que el Sumo Pontífice considera el modernismo como un compendio de todas las herejías pasadas y presentes.

La filosofía y la didáctica (1)

La afirmación que hice arriba de que las prácticas y métodos docentes brotan de las doctrinas religiosas y filosóficas pudiera parecer una paradoja. Sin embargo, es verdadera y exacta. La didáctica es arte de perfeccionar al hombre, desarrollando armónicamente sus

(1) En el Colegio del Rosario llamamos *didáctica* (griego *διδάσκω*, enseñar) al arte de educar. La palabra *pedagogía* (de *παις*, niño y *αγω*, conducir) limita el arte a la formación de la infancia.

Didáctica se llama comúnmente la parte de la pedagogía que trata del método. En esta carta usaré las dos voces como sinónimas.

potencias físicas, intelectuales y morales en orden a su último fin.

No pueden ejercitar esta arte de igual modo el panteísta, discípulo de Espinosa, para quien el hombre es parte del Gran Todo; el seguidor de Hegel y Renán, para quien somos una de las tres manifestaciones de lo Absoluto; el alumno de Spenser y Bergson, que enseñan ser la humanidad resultado de evolución creadora, y el cristiano, que cree y confiesa que somos criaturas de Dios y, por lo mismo, estamos sujetos a su dominio soberano. Una es la pedagogía del que coloca el fin del hombre en la mera felicidad terrena, del que lo pone en el progreso indefinido de la especie, del que afirma que consiste en "conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después gozarlo en la otra."

No educa lo mismo el que piensa, con Santo Tomás, que la regla de la moralidad está en la conveniencia de los actos humanos con la recta razón, que por ser recta, es reflejo de las ideas de la inteligencia divina; y el que opina con Bentham que el bien moral es placer o lo que causa placer.

Los métodos tienen que ser diversos, si se piensa, con Tracy, que el hombre es mera materia; con Descartes, que es espíritu puro; con Santo Tomás, que es compuesto sustancial de alma y cuerpo. ¿Educará la imaginación y la memoria el cartesiano, que las juzga potencias espirituales, como el tomista, que las reputa facultades sensitivas?

Hay, pues, pedagogía panteísta, y la hay evolucionista, cartesiana, sensualista. Y hay una pedagogía católica, que es la obligatoria en los institutos oficiales de Colombia, conforme al Concordato con la Santa Sede, que es ley de la República.

No todo lo actual es moderno

No debe imaginarse que todo lo bueno de la pedagogía moderna, y lo malo de la modernista, sea nuevo. Muchas cosas que pasan como novedades fueron cono-

cidas y practicadas por siglos, olvidadas después, y resucitadas ahora. Los pobres suelen reformar su ropa volteando las telas. A primera vista parecen vestidos recién estrenados, pero es fácil advertir que tienen los botones del lado izquierdo y los ojales del derecho. Así sucede con muchos descubrimientos. Cuando yo tenía siete años, aprendí que el Nilo nace en los Montes de la Luna, y los señalaba con la varita en el mapa mural dibujado por Meissas y Michelot, de París. Más tarde supe que aquello era una fábula, que los dichosos montes no existían, que la cuna del Nilo era un problema no resuelto. Borraron la montaña en las cartas geográficas, y reemplazaron el curso superior del río por unos puntos suspensivos. Años después leí los viajes de Stanley. Halló el sabio que el famoso río nace en una cumbre elevadísima, cubierta de nieves perpetuas y llamada el *Ruvensore*, que significa, en el idioma del país, *montaña de la luna*. Desde entonces le cobré cariño a Stanley.

Ya tendré ocasión de indicar el abolengo de algunas prácticas pedagógicas modernas. Por lo tocante a los sistemas modernistas, todos ellos son antiquísimos en sustancia. El panteísmo se profesa en la India desde muchos siglos antes de la era cristiana; el transformismo incesante de las cosas, y con ellas de la verdad, es doctrina del griego Heráclito; la teoría materialista fue expuesta por Demócrito y Aristipo; defendió Epicuro la moral sensualista del placer; ya estaba en las obras de Platón el idealismo extremo de los cartesianos; en los alejandrinos se hallan las fórmulas de Hegel, y en Roscelino, filósofo del siglo XII, el positivismo de Comte.

Voy a hablarle a usted de algunos de los rasgos dignos de elogio que se hallan en la pedagogía moderna.

Pedagogía moderna—Educación física

Hoy se presta grande atención a la educación física, y con razón sobrada. En una constitución raquítica, en

un cuerpo enfermizo no caben de ordinario los estudios profundos y tenaces, los esfuerzos varoniles. Los maestros, sobre todo los sacerdotes, sabemos cuánto contribuyen los juegos de agilidad y de fuerza, y la fatiga física que ellos producen, a conservar la inocencia de los niños, las buenas costumbres de los jóvenes.

Entre griegos y romanos se prestaba al desarrollo corporal un cuidado superior al que ahora se le consagra; un esmero excesivo a mi juicio. Las universidades de la edad media, con sus celebérrimos colegios, se fundaban fuera de las ciudades populosas; eran *rus in urbe*, como decía Justo Lipsio, rodeadas de bosques, jardines, campos de labor, y los estudiantes dedicaban a lo que ahora llaman *sport*—juego de bolos y pelota, carreras y saltos, natación y esgrima—el tiempo libre de estudio.

Fue la Revolución la que dio muerte a los autónomos institutos medioevales: llevó los colegios al centro de las ciudades populosas, en locales asfixiantes; los sujetó a la coyunda del Estado, y reemplazó la severa pero paternal disciplina antigua, por la licenciosa en el fondo, pero formulista y pesada en la forma, propia de los cuarteles militares. Lo bueno que hoy se practica es una resurrección de lo antiguo.

De dos modos se trabaja en la educación física: por la práctica de la higiene escolar, y por los ejercicios corporales. La higiene se ha elevado al puesto de ciencia, con el descubrimiento del mundo microbiano, debido al genio de Pasteur. De allí han nacido la antiseptia, que destruye los gérmenes nocivos del organismo humano, y la asepsia, que les impide penetrar en él. La observación de los preceptos higiénicos, dentro de los recursos de cada instituto, es deber de conciencia para el pedagogo cristiano.

Los ejercicios corporales se hacen, o en común, bajo la dirección de un maestro de calistécnica, o por iniciativa de los alumnos, en las horas de recreo, en forma de juegos de fuerza y agilidad, estimulados por los su-

periores. Sin reprobar el primer sistema, prefiero el segundo, que limita menos la libertad del estudiante y se adapta a las fuerzas y aptitudes de cada uno.

Puede abusarse de la educación física, si se la antepone a la intelectual y a la moral; y así lo hacen lógicamente los preceptores materialistas. Si el alma humana no es un espíritu inmortal, lo único importante es perfeccionar el cuerpo. De tal educación resultan campeones de boxeo y volatines de circo, pero jamás un Vicente de Paúl, un Leibnitz, un Miguel Angel.

Con la educación física se relaciona el problema del número de horas que deben darse al estudio. Hay gentes que raciocinan así: Si en ocho horas diarias de estudio se aprende como diez, en dieciséis se aprende como veinte. Como si el cerebro fuera un molino de trigo. Quince horas de trabajo con la mente no producen conocimientos, sino anemia cerebral (1).

Educación intelectual—Metodología

No tema usted, mi querido señor, que le exponga un curso abreviado de metodología moderna. Conoce usted los sistemas y procedimientos a maravilla. Me limitaré a algunas observaciones que corroboran mis asertos anteriores.

Procedimiento objetivo (object lessons)—La invención de este procedimiento se debe a la Iglesia católica, quien instruye a los fieles con cuadros, pinturas, estatuas; con la liturgia, que es representación sensible de la historia evangélica; con sus procesiones, en que el pueblo ve desfilar a lo vivo los personajes bíblicos y los de la vida de la Iglesia. No hay niño católico de seis años, aunque no haya recibido otra instrucción religiosa, que ignore que Nuestro Señor nació en un pesebre, tuvo por madre a la Virgen María, padeció tormentos,

(1) En el Colegio del Rosario hay ocho horas diarias de trabajo mental.

murió crucificado, resucitó y está presente en la sagrada Eucaristía.

Y, sin embargo, los que preconizan la enseñanza objetiva hasta abusar notoriamente de ella, son los que se mofan de las imágenes, ceremonias y procesiones, como de antiguallas sin objeto.

Cabe exceso en el empleo de lo objetivo. Al principio de la enseñanza, el procedimiento no puede ser más racional, más acorde con la psicología tomista. Nos dice el Angélico que el conocimiento principia por los sentidos, y por ellos debe empezar la educación intelectual. Pero, así como el hombre no camina con andadores, ni come por mano ajena sino en la primera infancia, así es necesario que se habitúe a representarse con la imaginación las cosas singulares que no se hallan actualmente presentes a los sentidos; a abstraer de las especies imaginativas ideas universales, a comparar las ideas por medio de los juicios, a inducir o deducir verdades nuevas para él, mediante el raciocinio.

La pretensión de usar el procedimiento objetivo como único, viene de la filosofía sensualista. Si el hombre no tiene más operaciones cognoscitivas que la experimentación y la reflexión, como enseña Locke; si no podemos percibir sino fenómenos y nunca la naturaleza íntima de las cosas, como dice Comte, la enseñanza objetiva es la única aceptable. Pero con ella sola el entendimiento se paraliza, se atrofia, diré empleando una figura de retórica.

Procedimiento oral—Fue el usado en Grecia y Roma, y en el mundo cristiano antes del descubrimiento de la imprenta. Es el propio de la Iglesia católica, que convirtió el mundo, conserva la fe, santifica a los hombres, propaga el evangelio entre los infieles por la predicación de apóstoles y misioneros. "Id, dijo el Salvador, enseñad a todas las gentes, predicad el evangelio a toda criatura." El invento de Guttenberg facilitó a los alumnos poseer libros de texto, que ayudaran a las lecciones del catedrático. Mas aconteció que, en muchas par-

tes, lo accesorio se convirtió en principal, el libro se trocó en maestro, y el catedrático en *tomador* de lecciones, como se decía en Santafé. A modo de reacción, la pedagogía moderna ha tornado al procedimiento oral. De justicia es reconocer que el primero que lo empleó entre nosotros, en el siglo pasado, excluyendo los libros de texto, fue don Ricardo Carrasquilla, en su *Liceo de la infancia*.

No conviene extremar el procedimiento oral. Si el discípulo, a medida que avanza, no se acostumbra a leer buenos libros, no se familiariza con el lenguaje escrito, no podrá seguir estudiando el día que deje los bancos escolares. Fray Cristóbal de Torres ordena en las constituciones del Colegio del Rosario que los catedráticos *lean en voz*, es decir, que dicten explicaciones orales sobre un texto. Este modo, que observamos todavía en el claustro, me parece el mejor de todos para la enseñanza superior.

Con el del magisterio oral se relaciona el de las lecciones aprendidas y recitadas de memoria. Aquí también la virtud se halla en el justo medio. Aprender únicamente como loro las palabras de un libro, sin entender lo que significan, es tarea poco menos que inútil para la educación intelectual. Pero la memoria es facultad preciosa, vivísima en la infancia y que se va perdiendo con los años. Hay fórmulas, definiciones, nombres, fechas que es preciso guardar al pie de la letra, en la mente. ¿Quién negará la utilidad de saber de memoria los trozos selectos de los grandes autores de elocuencia y poesía? Me parece un crimen sacrificar la razón en aras de la memoria, y juzgo grave imprudencia destruir o encoger la memoria, que es el almacén donde el entendimiento tiene almacenados sus tesoros.

La Reforma protestante es antítesis de los métodos pedagógicos modernos. Suprimiendo el culto de las imágenes, mató el procedimiento objetivo; haciendo de la lectura de la Biblia el único medio seguro de instrucción religiosa, suprimió la enseñanza oral; y aun

hay quienes presenten al protestantismo como un progreso en el arte de enseñar!

Métodos—Método analítico—Ascendiendo de los procedimientos a los métodos, aquí me correspondería hablar de todos ellos, si estuviera escribiendo un compendio de pedagogía. Como mi propósito es otro, me limito a algunos conceptos acerca del método analítico.

Mejor que yo entiende usted que no hay deducción sin inducción, ni viceversa, y que, por lo tanto, es absurdo un método sintético que prescindiera de la análisis, y un analítico que rechace la síntesis; que se llama método analítico aquel en que se empieza por la inducción, y método sintético el que principia por la deducción; o se dan aquellos nombres a los sistemas según que prevalecen en ellos uno u otro procedimiento racional. Sabe usted que Aristóteles formuló las leyes de la inducción, y que Santo Tomás combinó maravillosamente la síntesis y la análisis, de modo que cuando sintetiza es émulo de Platón y al analizar es precursor de Pasteur.

La pedagogía moderna da principio a la educación del niño por método analítico, producto de la inducción, y hace muy bien, y concuerda al hacerlo con la antropología tomista. Según ella el conocimiento humano empieza por los sentidos y, por lo tanto, por lo singular y concreto, y de allí sube, pasando por la imaginación, a las especies inteligibles del entendimiento agente, a la percepción del entendimiento posible, a la reflexión del verbo mental. Y tal es el procedimiento inductivo, que tiene como instrumento el método analítico.

Todo eso sirve para ascender de lo singular a lo universal, del efecto a la causa, del fenómeno a la ley. ¿A qué tanto esfuerzo si no puede aplicarse lo general a lo particular, deducir el efecto de la causa, pronosticar el fenómeno en virtud de las leyes que lo producen? Y hay pedagogos que pretenden seguir hasta el cabo de la enseñanza con el método analítico; que viene a

ser como si una madre quisiera alimentar al joven de diez y ocho años con la leche que lo nutrió en el primer año de la vida.

Cada ciencia tiene su método especial: las ciencias naturales, la cosmología, la medicina, el analítico; la ética, el derecho, el sintético; uno u otro, las ciencias matemáticas. Uno de los errores de Descartes fue el de aplicar el método geométrico al estudio de la metafísica.

Método cíclico-concéntrico—Pasando del método que dispone en orden las doctrinas que constituyen una ciencia, al que regula entre sí el aprendizaje de distintos ramos del saber, llegamos al famoso método cíclico-concéntrico, de que tanto se habla en nuestro tiempo.

Hasta el Renacimiento, se había creído que debía estudiarse de pies a cabeza una materia, antes de comenzar la siguiente; por ejemplo, que era preciso que un joven supiera toda la aritmética para empezar a aprender álgebra; que debía saber los anales del mundo hasta el reinado de Augusto, antes que principiar la segunda parte de la historia. Observando la naturaleza, varios pedagogos advirtieron que el niño, al aprender a hablar, no adquiere primero la lexigrafía, después la sintaxis, la prosodia más tarde; que no conoce en orden los minerales, las plantas, los brutos, el hombre, sino de un modo simultáneo; que a un tiempo sabe lo que es cuatro y que su cama tiene cuatro lados. Enseñaron al niño conjuntamente las diez, doce materias que están a su alcance, en nociones generales, que se van ampliando de año en año como los círculos concéntricos que forma la piedra arrojada a un estanque. Llamé arriba a los discípulos de San Juan Bautista de la Salle inventores de este sistema, no porque no se halle antes vestigio del procedimiento, sino porque no suele llamarse descubridor de una cosa quien primero la encuentra, sino quien la perfecciona y la divulga. Otros

Europeos llegaron a América antes de 1492, pero Colón es el descubridor del nuevo mundo.

Este método, excelente para la enseñanza primera, es inaplicable a la superior y profesional. Un niño puede saber simultáneamente que César fue conquistador de las Galias, Napoleón un guerrero insigne, Bolívar libertador de Colombia; que la regla de tres se resuelve multiplicando el segundo término por el tercero y dividiéndolo por el primero, y que los tres ángulos de un triángulo suman 180 grados; pero no podrá entender la justicia de un artículo del Código Civil si no ha estudiado *toda* la filosofía del derecho; no aprenderá a hacer una operación de alta cirugía, si no ha *concluido* estudios anatómicos; no calculará un eclipse, si ha cursado *a penas* nociones de aritmética.

Educación moral

Injuria sería para usted que yo le hablara de la importancia suma de la educación moral y de su preeminencia sobre la intelectual y la física. Me contento con recordar ciertos puntos que en estos tiempos suelen desconocerse.

Bien sé que la moral puede estudiarse, o con las simples luces de la razón, en lo cual consiste la ética, que es rama de la filosofía; o ayudándose el entendimiento con los resplandores de la revelación, lo cual constituye la moral como parte de la teología.

Pero, en la práctica, la pura ética racional no basta al hombre; porque ella es incompleta en sus preceptos, insuficiente en sus medios, ineficaz en su sanción. La moral filosófica alcanzará a formar hombres de bien, según el mundo; mas el mundo llama hombre de bien a todo el que no infringe el código penal. Sin religión, y sin la religión verdadera, no es posible educación moral sólida y completa.

Ni hay ética independiente del dogma. Gracioso sería decirle a un discípulo: alcanza tu último fin, pero

no preguntes cuál es; ama a Dios, aunque no exista; cumples la ley, sin saber quién la dio, ni qué premios o castigos merecen la obediencia o la rebeldía.

El estudio exacto, concienzudo de la religión católica es el fundamento de la educación moral. No basta una clase de catecismo dictada por un buen profesor. La religión ha de ser, en el colegio, en la escuela, como el aire atmosférico, que lo llena todo, que se respira sin cesar. "¿A qué hora es la clase de religión en su colegio?" le preguntaron a mi padre, y él contestó: "De cinco de la mañana a nueve de la noche."

Pasando del conocimiento de la fe a la práctica de las virtudes, ella no se inculca con discursos filosóficos, ni con la sola vigilancia, ni con la mera disciplina escolar, sino que requiere piedad cristiana, sincera, espontánea y tan constante como la enseñanza religiosa. Con una misa el domingo, un retiro espiritual por cuaresma y nada más no se forman cristianos. Menos aún si el maestro impone esas prácticas a los alumnos y él se exime de cumplirlas. Siempre el ejemplo fue más eficaz que los reglamentos y pragmáticas.

Pedagogía católica moderna

En la época del Renacimiento, la escolástica decadente había perdido su prestigio. Platón reinaba como amo en la corte de los Médicis, las universidades no eran lo que en edades precedentes, el paganismo renacía entre los bañados en la pila bautismal. Preciso era volver a los ideales católicos, sin renunciar a los legítimos progresos de la época. Esa tarea la reservó Dios al genio, al corazón inmenso de San Ignacio de Loyola. Mi concepto acerca de la educación dada por los jesuitas se halla en un librito de sermones y discursos que publiqué el año pasado. Me remito a él para no extenderme demasiado en esta carta.

Lo que cumplió San Ignacio con la educación secundaria lo realizó con la primaria otro español, San José de Calasanz, fundador de los hermanos de las Es-

cuelas Pías. Casi todo lo bueno que hay en la pedagogía primaria moderna está en las reglas del santo catalán, a quien la Iglesia ha puesto en el catálogo de los confesores y yo espero ver con auréola de mártir, porque ¿qué son los ecúleos y las parrillas y el cuchillo en comparación con ciertos dolores del alma?

A par del padre de los escolapios, merece loor sempiterno San Juan Bautista de la Salle, de cuya fundación he hecho varias veces mención en esta carta.

En el propio siglo XVII, hallamos los escritos didácticos de Fenelón. No concuerdo con él en algunas doctrinas filosóficas; pero su persona me produce no sólo simpatía sino cariño intenso. Erró, a juicio de la Santa Sede, en un punto de teología mística; pero de buena fe, y retractando sus yerros con humildad profunda. La pedagogía de Fenelón es inapreciable, tal vez algo idealista. Pero allí se comprueba aquella máxima: no puede ser catedrático el que no es caballero. Y el Arzobispo de Cambrai reconoce rivales en santidad, en talento, pero no en hidalguía de conducta, ni en el empleo de la prosa francesa.

Después de él, viene en Francia, Dupanloup, y en seguida Lacordaire, y después el P. Didón. No estoy de acuerdo en todo con las ideas del eximio Obispo de Orleans, de los dos egregios dominicos: no concedo al espíritu moderno cuanto ellos le otorgaron; pero ¡qué lecciones tan útiles las tuyas, qué fecundidad la de sus enseñanzas!

No he de pasar en silencio las labores de la universidad católica de Lovaina, cuya alma es el cardenal Mercier, y a la que tanto deben la filosofía y la didáctica católicas.

Permítame usted que me descubra ante la figura del cardenal Juan Enrique Newman. No soy osado a encomiarlo. El, después de Santo Tomás, ha sido mi maestro. León XIII le dio la púrpura por sabio, Dios le habrá dado el cielo por santo.

Bajemos del cielo a la tierra. En Colombia hemos tenido una serie de institutores católicos a quienes se debe, en gran parte, la conservación de la fe en nuestro suelo: los jesuítas, que enseñaron desde 1844 hasta 1850, y después, de 1856 a 1861; don José Joaquín Ortiz, director del *Instituto de Cristo*; don Ricardo Carrasquilla, del *Liceo de la infancia*; don José María Trujillo, don Domingo Martínez, don Alejo Posse, don Ruperto S. Gómez, don Wenceslao Montenegro, don Víctor Mallarino y otros que no cito por evitar prolijidad, y por no ofender la modestia de los maestros actualmente en ejercicio.

Todos estos institutores beneméritos dictaban sólo enseñanzas secundarias, mientras la profesional estaba en manos del Gobierno, fundada en doctrinas materialistas y utilitarias. Para salvar la juventud, se necesitaba un instituto universitario. El mérito de haber fundado y sostenido por largos años el *Colegio de Pío IX*, se debe al doctor José Vicente Concha. Más tarde colaboraron a la tarea educadora, en el *Colegio del Espíritu Santo*, don Sergio Arboleda y don Carlos Martínez Silva. Ellos, y después los maestros católicos que han enseñado de 1886 para acá, se han limitado a dejar sus ejemplos, sin consignar por escrito, de un modo completo, los frutos de su sabiduría y experiencia. Me permito recordar el excelente libro *Elementos de pedagogía*, por Luis y Martín Restrepo Mejía, obra aprobada y encomiada por los Ilustrísimos señores José Telésforo Paúl, arzobispo de Bogotá, y Juan Buenaventura Ortiz, obispo de Popayán.

Pedagogía modernista

Trataré de ella tan sumariamente como hablé arriba de la pedagogía católica. Me fijaré sólo en los personajes principales, sobre todo en los que han ejercido mayor influjo entre nosotros.

En estos autores, al lado de principios filosóficos erróneos, se hallan máximas y prácticas dignas de ala-

banza e imitación. El bien y el mal, la fe y la incredulidad, se aprovechan, para sus propagandas respectivas, de los adelantos científicos e industriales. El arte supremo está en saber separar el trigo de la cizaña. San Agustín decía, hablando de los filósofos paganos: "Así como los egipcios no sólo poseían ídolos sino también vasos de oro y plata que los hebreos tomaron para emplearlos en servicio de Dios, así la doctrina pagana no sólo contiene supersticiosas invenciones que los cristianos hemos de evitar, sino también disciplinas acomodadas para encontrar la verdad; y es justo que los cristianos se apoderen, para la difusión del evangelio, de las riquezas acumuladas por los gentiles para dar culto a los demonios." Lo que dice el santo de los autores paganos, me parece aplicable a algunos pedagogos modernistas.

Debe advertirse, eso sí, que semejante discriminación requiere hondos conocimientos en filosofía y teología sagrada, cabeza encanecida en la cátedra escolar; y que aun esas condiciones no bastan sin sumisión incondicional al juicio de la autoridad eclesiástica. Poner en manos de los jóvenes que se educan para maestros toda clase de obras, católicas y heterodoxas, sanas y venenosas, para que ellos formen su criterio, es, para usar de la frase más suave que encuentro, una gravísima imprudencia.

El caso distintivo de la pedagogía modernista es su carácter racionalista y naturalista. Perdone usted esta enumeración acabada en *ista*. A pesar de sus diferencias, en esto coinciden todos los pedagogos de este grupo como Locke y Rousseau, Pestalozzi y Froebel. No niego lo bueno que pueda hallarse en estos pedagogos, en especial en los dos últimos. Para mí, lo mejor de Pestalozzi es su doctrina de que la educación no tiene por fin principal adquirir tales o cuales conocimientos concretos, sino desarrollar las facultades del alumno, poniéndolo en capacidad de estudiar una u otra rama del saber, según sus aptitudes especiales. Indiferente

era para el sabio educador suizo emplear la hora con el discípulo en resolver un problema algebraico o en jugar una partida de ajedrez.

En este principio se funda la importancia pedagógica del estudio de las lenguas antiguas y de la filosofía. Suponiendo—y es suponer una barbaridad—que el griego y el latín de nada sirvieren en la práctica; que la lógica, la metafísica y la ética, no tuvieran aplicación alguna—disparate mayúsculo, casi increíble,—aun entonces debían cultivarse esas ciencias como la mejor disciplina intelectual. El día en que murieran en Colombia las letras clásicas y la filosofía, la amada patria, como fruto podrido en cierne, entraría en decadencia sin haber llegado a la madurez.

La pedagogía modernista tiende, en virtud de las doctrinas socialistas imperantes, a conceder al Estado, en lugar de su oficio legítimo de promotor y patrono de la educación pública, el papel de maestro, y a sujetar la autoridad paterna, instituída por Dios para formar a los hijos, al imperio del poder civil. Sobre la importancia de la literatura clásica y la filosofía, puede usted ver mi opúsculo titulado *Lo nuevo y lo viejo en la enseñanza*. He combatido la instrucción obligatoria en mi *Ensayo sobre la doctrina liberal* y en las *Lecciones de metafísica y ética*.

Perdone usted la extensión excesiva de esta carta y mande a su cordial estimador, q. b. s. m.

R. M. CARRASQUILLA